

Rafael Reig: La memoria pactada

Juan Ángel Juristo

Que el *thriller* y sus derivados, por ejemplo, su mezcla con otros géneros, normalmente la novela histórica, es el modo dominante en la narrativa española del momento es incuestionable, por lo menos en cuanto a la cantidad de las novelas que se publican y si atendemos a la edad de los autores, que abarca una media establecida entre los veinte y los cuarenta y tantos años. Se me ocurren diversas hipótesis para explicar el fenómeno, desde luego en una de ellas subyace la atracción y la comodidad en la inmersión en un estilo común que actuaría de férrea norma estilística, algo que ya advirtió con gran agudeza Círyl Connolly respecto a la igualdad sospechosa del estilo en la novela policíaca norteamericana en los años treinta, pero también en que sería uno de los últimos refugios, uno de los últimos rincones en que se guarnecería la vieja tradición realista y de denuncia que nos viene de las postrimerías del XIX. Desde luego en los Estados Unidos la novela negra de los treinta, como en Francia e Inglaterra, actuó muchas veces como reflejo de ciertas taras sociales, es especial la corrupción política y la judicial, suplantando en cierta manera el viejo género naturalista que dormitaba en un tradicionalismo narrativo que se quería ya anticuado.

Esos ribetes realistas son claramente detectables en el *thriller* español de nuevo cuño, pero lo que distingue a los autores actuales del género respecto a sus hermanos mayores, los pioneros

Rafael Reig: *Todo está perdonado*. VI Premio Tusquets Editores de Novela. Tusquets Editores, Barcelona, 2011.

como Manuel Vázquez Montalbán, Andreu Martín, Juan Madrid...es que no sienten la necesidad de crear la figura legendaria de un detective, al modo de un Pepe Carvalho o un Plinio, sino que se plantean el *thriller* como un estado de ánimo y tienden a mezclarlo con otros géneros, desde luego el histórico, pero no siempre. La última novela de Rafael Reig, *Todo está perdonado*, VI Premio Tusquets Editores de Novela, galardonada este año, es una muestra elocuente de tal tendencia y refleja la enorme versatilidad en que se mueve el género entre nosotros, un género capaz, ahora, de mantener cierta tendencia surreal en las imágenes que propone y un tono lírico desconocido en el género hasta hace poco. Ni que decir tiene que Rafael Reig es uno de los que más han contribuido a tal feliz cambio de tendencia.

Lo hizo en sus anteriores narraciones, *Sangre a borbotones*, desde luego, la más celebrada suya hasta el momento, pero también en *Guapa de cara*, otorgando una carga lírica, a veces onírica, de clara raigambre expresionista a un género que amenazaba con caer en cierto anquilosamiento. En esta última narración la deriva del género se mueve en otras direcciones, a realizar ciertos ajustes con nuestro pasado político inmediato, vale decir, el modo en que se realizó la Transición política, y a construir de hecho una metáfora de nuestra historia más reciente donde el pacto es irremediable pero donde una de las partes lo incumple. La historia, sin embargo, mantiene todas las trazas del canon del género: Laura Gamazo, hija de un empresario modélico, muere envenenada el día en que va a contraer matrimonio. Su padre encarga a un antiguo protegido suyo, Menéndez, la investigación del caso. Éste es un agente de inteligencia retirado y un tanto escéptico que se mueve entre su interés frenético por el fútbol, la historia se desarrolla en la Eurocopa del 2008, y el interés que mantiene aún, a su pesar, por el pasado de tal ilustre familia. Le ayuda en la investigación Carlos Clot, contrapunto en cierta manera de Menéndez y agente clarificador, en gran parte, de lo que va a acontecer y de la resolución del caso. Dicho así, desde luego, la novela se atiene al convencionalismo del género, pero para el autor esta conformación no es más que una excusa. Rafael Reig piensa que gran parte de lo mejor que se ha hecho en la literatura ha sido «contracta», es decir, a contrapelo del género popular, como realizó

Cervantes con la novela de caballerías o Galdós con el folletín. Para nuestro autor, desde luego, la novela negra es el género popular de nuestro tiempo y conviene utilizarlo en aras de otra cosa. Quien se adentre en las páginas de esta novela se dará cuenta de ello. Por ejemplo, el modo de tratar a los personajes, que se mueven entre los rasgos expresionistas más grotescos, incluso brutales, por un lado, y por otro, la creación de personajes de carne y hueso descritos de un modo más convencional, con interés en la complejidad de su carácter y de sus motivaciones, es decir, por un lado se encontraría Carlos Clot y por el otro Rosario, dos personajes que sirven de contraste para entender la gama en que se mueven los demás en esta novela, muchos de ellos tratados como meros fantasmas literarios.

Este rasgo diferencia en gran manera esta novela de otras del mismo jaez. Pero hay más: que la novela negra mantiene un ilustre precedente en la narración de corte picaresco es evidente, de ahí la conformación ambigua en lo moral de los personajes típicos del *thriller*, pero en esta novela Rafael Reig lleva esa ambigüedad a consecuencias sorprendentes. En esta historia se da un pacto final entre mujeres, un pacto que, desde luego, no se cumplirá. Ese pacto actúa aquí también como metáfora política de nuestra historia más reciente, una mirada crítica hacia la Transición. Lo que nos viene a decir el autor es que el perdón no existe y que una transición puede convertirse en una transacción. El modo en que este dilema se resuelve en la historia es espectacular pues todo termina en una suerte de aniquilación de corte marcadamente onírico. Rafael Reig siempre ha tenido tendencia a reflejar en sus novelas una topografía de Madrid subterránea, secreta, donde tras las apariencias se ocultan luminosas respuestas, a veces transformadas en monstruos. En *Todo está perdonado* la ciudad, al final, se transforma en una suerte de mapa delirante de una pesadilla donde la catástrofe es el paso previo para comenzar de nuevo, para llevar aquello del borrón y cuenta nueva a sus últimas consecuencias. El modo clásico de renacer de entre las cenizas.

Estas últimas páginas resumen para mí todo el libro y están entre las mejores de la narración. A pesar de ciertos hallazgos en imágenes rutilantes, esa comparación entre la República como una doncella núbil asediada por los comunistas malvados, desflo-

radores de la virginidad democrática e ingenua, y en la descripción de ciertos personajes, la narración se mantiene, como debe ser, en una contención formal que al final estalla en un fuego de artificio bastante bien logrado. Desde luego creo que esta novela representa por ahora el mayor logro de su obra narrativa, donde el autor no sólo ha actuado con una mayor sabiduría en los requerimientos formales, sino, lo que es más arduo, en unos planteamientos que rebasan el convencionalismo de la cosa, cumpliendo así con ese retorcerle el cuello al género que forma parte de su ideario estético. Desde luego que jugar con el lector ante finales sorprendentes es parte del juego del género, pero ese juego está en esta novela supeditado a un tono elegíaco donde el torrente de imágenes de claras resonancias oníricas revela comparaciones gozosas. Hay momentos en que ese final se perfila con tonos buñuelescos, otorgando un aire que respira dentro de nuestra tradición, desde un Solana al citado Buñuel pasando por las sombras valleinclanescas. *Todo está perdonado* pertenece, en gran parte, a esa tradición, a la no se acercan gran parte de las novelas del género que tanto se prodigan por doquier. De ahí su valía ©